

## Huellas y nostalgias: la presencia elíptica de Andalucía en el segundo *Quijote* y en el *Persiles*

ISABEL LOZANO-RENIEBLAS

Darmouth College (USA)

[isabel.lozano@darmouth.edu](mailto:isabel.lozano@darmouth.edu)

Tras cubrir la sepultura de Crisóstomo con flores y dar el obligado pésame a Ambrosio, don Quijote se despide de sus «huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno» (*Quijote* I, 14, p. 157)<sup>1</sup>. Poco sabían los pastores de aventuras o terciaba en el consejo la sombra de la ironía cervantina, como ya sospecharan Clemencín y Rodríguez Marín<sup>2</sup>. En vano buscaremos aventuras de amor protagonizadas por bellas labradoras andaluzas o referencias al saqueo de Cádiz en la segunda parte del *Quijote*. Tampoco el *Persiles* es pródigo en referencias directas a Andalucía. Los dos primeros libros transcurren entre brumas septentrionales más prontas a acomodar panotis, licántropos o naufragos que pícaros de cocina graduados de las almadrabas de Zahara. En los dos últimos, Cervantes prefirió guiar a sus peregrinos por tierras de conquistadores hacia Roma, atraído sin duda por la dualidad que la ciudad santa representaba en el Renacimiento. La Roma de finales del XVI combinaba dos características contradictorias. Constituía la cabeza de la cristiandad pero también

---

<sup>1</sup> Cito por Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, ed. de Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, 2 vols.

<sup>2</sup> Tomo la referencia de Francisco Rico, *op. cit.*, II, p. 313.

el centro de la prostitución<sup>3</sup>. Era la cara bifronte que había hecho de Roma, junto con Sevilla, a la que el mismo Cervantes llamó «Roma triunfante», una de las ciudades más atractivas de su época<sup>4</sup>. Aunque el Compás de la Mancebía, nada tenía que envidiar al Hortacho (recinto asignado a las cortesanas romanas, construido por Alejandro VI y amurallado por Pío V), ni el fervor religioso sevillano le iba a la zaga al romano, sin embargo, la balanza se inclinó hacia Roma, acaso para mejor justificar una peregrinación que tenía más de amorosa que de cristiana<sup>5</sup>. Y es que la presencia de Andalucía tanto en el segundo *Quijote* como en el *Persiles* sigue otros derroteros. Andalucía no había sido para Cervantes una atracción pasajera. Moraba en lo más profundo de su alma y ni siquiera la ausencia de un escenario geográfico pudo borrarla del mapa de sus dos últimas novelas. No andaba tan desencaminado Américo Castro cuando, ante la ausencia de caracterizaciones generales de andaluces y castellanos en la obra cervantina, sugería que Cervantes poetizaba las regiones de España que menos había frecuentado<sup>6</sup>.

En efecto, aunque Cervantes no situó las andanzas del hidalgo manchego ni las de los devotos peregrinos en escenario andaluz, Andalucía aflora en ambas obras a través de una concepción del espacio que consiste en crear vínculos entre el contenido temático y el espacio en el que acaece una historia dada. La construcción del espacio ficcional en géneros que operan con el mundo conocido tiene una mayor dependencia del referente real que en aquellos que prefieren el espacio ajeno, como la novela de aventuras, género al que pertenece el *Persiles*. Esto se debe a que las leyes de la verosimilitud son mucho más severas y estrictas en el primero que en el segundo. Y es precisamente en el ámbito de lo conocido donde se desarrollan tanto el *Quijote* como el libro III del *Persiles*. En ambas obras las peripecias de sus protagonistas se van forjando a lo largo del camino, donde se dan cita una variada gama

---

<sup>3</sup> Véase Paul Larivaille, *Le vie quotidienne des courtisanes en Italie au temps de le Renaissance (Rome et Venise, XVe et XVIe siècles)*, París, Hachette, 1975.

<sup>4</sup> En el soneto «Al túmulo del Rey que se hizo en Sevilla» había escrito: «¡Por Jesucristo vivo, cada pieza / vale más que un millón, y que es mancilla / que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla, / Roma triunfante en ánimo y riqueza!». Para el soneto completo, véase Miguel de Cervantes, *Obra completa* III, ed. de Florencio Sevilla y Antonio Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995, pp. 1408-1409.

<sup>5</sup> En verdad el *Persiles* es la historia de una pareja de beatos procedentes de Tule (*gens beatissima* llamaba a sus habitantes Adam de Bremen) que emprende el camino hacia Roma huyendo de Magsimino, «a quien darían por disculpa, cuando no la hallase [a Auristela], que había hecho voto de venir a Roma, a enterarse en ella de la fe católica, que en aquellas partes setentrionales andaba algo de quiebra» (*Persiles*, IV, 12, p. 717, cito por Miguel de Cervantes, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. de Carlos Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 1997). La fama de las cortesanas romanas era uno de los reclamos de la ciudad o, al menos, así se lo pareció a Montaigne, que se ruborizaba ante la pericia de las cortesanas romanas en mostrar su belleza, según dejó constancia en su *Diario de viaje*, escrito durante su viaje a Italia entre 1580-1581, pero inédito hasta el siglo XVIII. Sobre la Sevilla del XVI, puede verse José Manuel Caballero Bonald, *Sevilla en tiempos de Cervantes*, Sevilla, Andalucía Abierta, 2003, pp. 176-187.

<sup>6</sup> En Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, ed. de Julio Rodríguez-Puértolas, Barcelona, Noguer, 1972, p. 228.

de personajes de todo rango y condición social, en torno a los cuales se va tejiendo la trama novelística.

En los géneros que operan con esta modalidad espacial la trabazón entre contenido temático y espacio adquiere un profundo sentido orgánico alcanzando un alto grado de especialización, hasta tal punto que la libertad del autor, en principio ilimitada, se ve afectada por el conocimiento del lugar donde acaece lo que se cuenta, porque el imperativo de la verosimilitud impone su severidad. El espacio se subordina en buena medida al contenido elegido por el autor. Los relatos de corte picaresco, por ejemplo, exigen la aparición del territorio andaluz, finibusterrae de la picaresca, como lo llama Cervantes. Del matadero de Sevilla es hijo Berganza; y a decir de un hombre discreto «tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero»<sup>7</sup>. Los Percheles de Málaga, las Islas de Riarán, el Compás de Sevilla, la Rondilla de Granada, la Playa de Sanlúcar o el Potro de Córdoba no eran andurriales desconocidos para el socarrón del ventero que arma caballero a don Quijote (*Quijote* I, 3). A la picaresca sevillana, en fin, dedicó Cervantes su *Rinconete y Cortadillo*, por donde campean a su antojo aprendices de pícaros y aspirantes al patio de Monipodio. Esta implicación historia-espacio funciona igualmente en sentido inverso y no se agota en el género picaresco. La evocación de Andalucía en las obras que nos ocupan se produce, pues, de manera oblicua, a través de temas íntimamente vinculados a la identidad que la región andaluza se había ido forjando a lo largo de su historia. Ni que decirse tiene que uno de estos temas está ligado a sus raíces árabes. El otro tiene un perfil más coyuntural, derivado de la prosperidad económica de que gozó la región durante el Siglo de Oro.

Puede, desde luego, matizarse, pues el vínculo con lo árabe no es privativo de la región andaluza, pero no cuestionarse el hecho en sí, como indica el mismo nombre de Andalucía. La literatura nos presta suficientes ejemplos que dan cuenta de esta relación, empezando por los romances fronterizos, que constituyeron el primer eslabón de una maurofilia literaria a la que se adheriría Cervantes en toda su producción literaria. Ahí está para confirmarlo esa metamorfosis quijotesca en el moro Abindarráez bajo la mirada perpleja de Pedro Alonso, oportunamente trocado en el alcalde de Antequera (*Quijote* I, 5) o, si se prefiere, el siempre verdadero y puntual historiador Cide Hamete Benengeli. De este vínculo entre lo árabe y lo andalusí también son deudores el segundo *Quijote* y el *Persiles*. Para Cervantes el atractivo del mundo musulmán no radicaba en aquellos géneros que, con un fuerte anclaje en el mundo medieval, lo habían idealizado sino en el presente, precisamente, porque los conflictos de su época le brindaban una infinidad posibilidades artísticas con múltiples aristas, que iban desde las siempre difíciles relaciones con el mundo otomano hasta los desgarradores dramas familiares de aquellos que sufrieron la severidad del decreto de expulsión en carne propia. Acaso se haya hecho excesivo

---

<sup>7</sup> Véase *El coloquio de los perros*, en *Novelas ejemplares* III, ed. de Juan Bautista Avallé-Arce, Madrid, Castalia, 1985, p. 247.

hincapié en explicar la posición ideológica del propio Cervantes sobre las relaciones cristiano-musulmanas del momento, sin reparar demasiado en que el interés del autor bien pudiera fondear en otras aguas. No dejan de llamar la atención los múltiples escollos que hay que sortear para aproximarnos, con un grado de fiabilidad muy incierto, al pensamiento de Cervantes en lo que al tema morisco se refiere. Me pregunto si no será que al autor le interesaba más mostrar la magnitud de un problema de extraordinarias y complejas consecuencias, capaz de reflejar las contradicciones de toda una época. Y si en la primera parte del *Quijote*, la presencia de lo musulmán se articula sobre el quicio de las relaciones cristiano-otomanas, ahí están las tribulaciones de un cautivo para confirmarlo; en la segunda parte y en el *Persiles*, está representada a través del tema morisco, uno de los problemas más serios que debió afrontar la política interior de Felipe II y Felipe III. El cambio de perspectiva no es arbitrario; tampoco, producto de la casualidad. Entre la publicación de la primera y la segunda parte del *Quijote* mediaba la expulsión de los moriscos, hecho sobre el que nuestro autor debió de meditar en profundidad, a juzgar por la importancia que adquiere en las obras posteriores al decreto de expulsión, sobre todo, en las *Novelas ejemplares*, en la segunda parte del *Quijote* y en el *Persiles*. En estas obras Cervantes se aproxima a él desde una pluralidad de ángulos convencido de que su complejidad no cabe ni debe expresarse en los límites de una sola conciencia. Aragón, Valencia pero, sobre todas, Andalucía, como comunidades más afectadas por el problema morisco, laten en el fondo de las historias moriscas cervantinas.

De la mano del tema morisco, los ecos de Andalucía alcanzan las espesas brumas del norte de Europa por las que transitan los peregrinos del *Persiles*. En el libro II, la comitiva que acompaña a Periandro y Auristela llega a la corte del rey Policarpo, situada en el imaginario cervantino en alguna de las islas próximas al archipiélago británico. Importa la referencia al lugar en el que transcurre la acción, porque Cervantes tiene en cuenta, a la hora de idear la historia de Policarpo, las leyendas sobre Hibernia y sus inmediaciones. Allí cuentan los historiadores de la geografía humana —a saber, Solino, Támara y Santa Cruz, en tiempos más recientes— había un rey que regía los asuntos públicos con leyes justas y actuaba guiado por principios de equidad y virtud<sup>8</sup>. En la corte de Policarpo, Periandro y Auristela pero también el bárbaro Antonio serán objeto de múltiples acosos amorosos. Auristela tendrá que sortear, además de los apetitos sexuales del virtuoso Policarpo, los atropellos y atrevimientos epistolares del malediciente Clodio; Periandro, aunque conteniéndose en

---

<sup>8</sup> Francisco de Támara cuenta que las Hébridas: «tenían un rey porque todas están juntas y con muy angosta corriente se apartan. El rey de éstas ninguna cosa tenía suya, todo era común y de todos y tenía ciertas leyes con que se gobernaba y seguía lo justo: y porque por causa de la avaricia no se apartase de la verdad y mediante la pobreza aprendiese la justicia, pues ninguna cosa tenía, todo lo necesario le daban de los bienes públicos. Ninguna mujer tenía propia más aquélla que quería esa tomaba». Cito por *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo, y de las Indias, Amberes*, Martín Nucio, 1556, p. 43. Lo mismo puede leerse en el *Islario general de todas las islas del mundo* de Alonso de Santa Cruz, ed. y prólogo de Antonio Blázquez, Madrid, 1918, p. 70.

los límites de la honestidad, coqueteará con la bella Sinforosa; y Antonio tendrá que vérselas con los envites de una morisca granadina.

El episodio responde a una de las pruebas más importantes a las que han de someterse los protagonistas de la novela de aventuras: la prueba de castidad, un motivo obligado en su configuración argumental. A la llegada de los amantes a una corte extranjera el rey, la reina o ambos se enamoran de la pareja protagonista, que deberá defender su castidad ante el acoso permanente y los reiterados intentos de seducción de los anfitriones. Esta prueba adquiere múltiples matices en los novelistas de la Antigüedad, es decir, la defensa a ultranza en Heliodoro, con ciertas concesiones en Aquiles Tacio, o transigiendo en el matrimonio en Caritón de Afrodiasias<sup>9</sup>. El rey Policarpo, como sus homólogos de la novela griega, recurre a los consejos de una maga o adivina para resolver tanto los asuntos de estado como los de índole personal<sup>10</sup>. Cervantes ajusta el motivo aventurero al contexto histórico y decide asignarle el papel, no ya a una autóctona de Tesalia, como sería de esperar en una novela de aventuras griega, sino a su equivalente para un lector peninsular del siglo XVII (no hay que olvidar, por otra parte, que el septentrión, incluida Inglaterra, era considerada, al decir de Olao Magno, tierra de aquelarres). Siguiendo los consejos de Cascales en sus *Tablas poéticas*, reemplaza a las Cibeles, Eritos, Circes y Medeas de turno por una morisca granadina tráfuga de la Inquisición: Cenotia, «nacida y criada en Alhama, ciudad del reino de Granada», no muy agraciada, según confiesa ella misma, y de unos cuarenta años de edad «que, con el brío y donaire, debía de encubrir otros diez» (*Persiles*, II, 8, p. 326)<sup>11</sup>.

La elección de la tierra natal de Cenotia no es casual pues representa la encrucijada entre las vicisitudes de la historia y la biografía del escritor. Poco importa que Cervantes se refiera a Alhama de Granada o de Almería. Todo dependerá del sentido que le atribuyamos al sintagma «reino de Granada», pues, en verdad, ambas

---

<sup>9</sup> En las *Etiópicas* de Heliodoro, la llegada de Teágenes y Cariclea a la corte de Menfis provoca que Arsace se enamore de Teágenes, y su marido, el sátrapa Oroódantes, de Cariclea. En *Leucipa y Clitofonte* de Aquiles Tacio, Mélite, la dama de Éfeso, y su marido, Tersandro, pretenden a Clitofonte y a Leucipa, respectivamente. El nudo argumental de *Quéreas y Calírroe* de Caritón de Afrodiasias se desarrolla en Mileto, donde reside Dionisio, que aspira a casarse con Calírroe. Y en las *Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso, Habrócomes y Antía sufren innumerables desgracias por los caprichos de Manto, hija del pirata Apsirto.

<sup>10</sup> Según Julio Caro Baroja, la hechicería pública o política es un rasgo característico de la hechicería del norte de Europa, aunque luego se generalizará. Véase *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, cap. 3.

<sup>11</sup> Francisco Cascales recomienda ajustar los motivos de la tradición clásica a la era cristiana cuando, a propósito de la situación de la poesía moderna, Castalio le replica a Pierio: «No tenéis porqué quejaros tanto desso; que si la antigua poesía tenía dioses celestiales, infernales y terrenos, la moderna tiene ángeles, sanctos del cielo y a Dios; y en la tierra, religiosos y ermitaños. Tenía aquella oráculos y sibilas, ésta, negrománticos y hechiceras; aquella, encantadoras, quales fueron Circe, Medea y Calipso» («Las cinco tablas de la poesía in specie»). *Tablas poéticas*, ed. de B. Brancaforte, Madrid, Espasa Calpe, 1975, tabla I, p. 156. En las *Etiópicas* (VII y VIII) de Heliodoro el papel de maga está encomendado a Cíbele y en la novela de Aquiles Tacio la propia Leucipa se hace pasar por tesalia (*Leucipa y Clitofonte* V, 22).

pertenecían al mismo en época nazarí. Pero la ubicación exacta del topónimo tiene una importancia menor, en este caso. Lo relevante es la imagen que proyecta y su conexión con el mundo, apoyada, en parte, en sus posibilidades combinatorias. Alhama supuso un punto de inflexión en las relaciones castellano-musulmanas. Evoca un lugar emblemático de la recuperación del reino nazarí, tantas veces cantada en el romancero, como pone de manifiesto, entre otros, el romance «Paseábase el rey moro — por la ciudad de Granada». En efecto, la campaña de la recuperación de Granada, concebida por los Reyes Católicos como una guerra de desgaste (1480-1492), se inició con la toma de Alhama en respuesta a la conquista nazarí de Zahara (1482). Pero al mismo tiempo el topónimo tenía fuertes connotaciones con el conflicto morisco<sup>12</sup>. No se explicitan las razones por las cuales Cenotia tuvo que abandonar Alhama ni en qué momento hay que situar su exilio: «Salí de mi patria, [—le dice a Antonio el bárbaro—] hará cuatro años, huyendo de la vigilancia que tienen los mastines veladores que en aquel reino tienen del católico rebaño; mi estirpe es agarena; mis ejercicios, los de Zoroastes, y en ellos soy única» (*Persiles* II, 8, p. 327). Cervantes es deliberadamente ambiguo, como tantas veces, cuando nos enfrentamos al problema morisco. Esta falta de concreción era inevitable, por lo demás, si quería que su relato trascendiera los límites de la anécdota. Con él, Cervantes se proponía traer a la mente del lector uno de tantos dramas moriscos. Y da igual que se refiera a la rebelión granadina o al decreto de expulsión de 1609, pues no sería argumento de peso esgrimir que la fecha en la que transcurre la novela es más cercana a la rebelión granadina, porque la narrativa anterior al XIX no se rige por el imperativo del tiempo histórico. Conviven en el *Persiles* tiempos y espacios dispares sin que ello suponga quiebra novelística alguna<sup>13</sup>. La historia de Cenotia, como también la de Ricote, es la de aquellos moriscos que

---

<sup>12</sup> Era bien conocida su población morisca como todavía puede verse en el grabado de Jorge Hoefnagle que reproduce Luis Astrana Marín en su *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958, 5, p. 132. Además, sus aguas termales constituían un enorme atractivo para caminantes y viajeros, como lo indica su nombre. Francisco Bertaut en su *Diario del viaje de España* describe así la ciudad: «Esta ciudad es aquella que Fernando e Isabel tomaron la primera. Está situada sobre una grupa de roca, en torno a la cual rueda entre precipicios un arroyo o un torrente que llaman, si no recuerdo mal, Motril. En lo alto hay mucha agua, que los moros habían llevado al castillo, que está al presente arruinado, por un acueducto que aún está entero, y por bajo de cuyas arcadas pasamos. Sirve todavía actualmente para conducir el agua a la ciudad. El jueves 14 fuimos a pie a un cuarto de legua de allí, hacia el camino de Granada para ver la fuente de los baños termales. Son tres grandes bóvedas todas llenas de un agua hirviente, donde había entonces señoras pero salía de allí un aire tan asfixiante y tan lleno de humo, que habiendo entrado en la primera habitación no pude permanecer allí largo tiempo, y me fué imposible entrar en la segunda, y mucho menos en la tercera, donde está el manantial y donde no se bañan, a causa de que el agua está allí demasiado caliente» (*Diario del viaje de España*, 592). Cito por José García Mercadal, *Viajes de Extranjeros por España y Portugal. Siglo XVII*, Madrid, Aguilar, 1959, II.

<sup>13</sup> Sobre la expulsión de los moriscos del reino de Granada véase el ya clásico estudio de Julio Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada (ensayo de historia social)*, Madrid, 1957. Sobre el decreto de expulsión puede verse también Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, Alianza, 1984, cap. 9.

salieron antes de que se decretara el bando expulsión, conscientes de la inminente tragedia que se avecinaba. No obstante, no parece que haya habido un significativo número de moriscos que se asentaran en tierras septentrionales, aunque sí se tiene constancia, según Cabrera de Córdoba, de sus contactos con Inglaterra<sup>14</sup>. Cenotia practica la hechicería erótica, como la vieja Celestina y su larga descendencia, las Montielas, Cañizares y Camachas de *El Coloquio*, o la morisca que aconseja a la dama «de todo rumbo y manejo» que enloquece a Vidriera<sup>15</sup>. En verdad la literatura hacía a los moriscos acreedores de prácticas de magia y hechicería desde muy temprano y son numerosas las obras que atestiguan la imagen del morisco como hechicero. Aca-so haya contribuido a potenciar esta imagen sus vínculos con la medicina tradicional, que había entrado en una profunda crisis desde que, a finales de la Edad Media, se convirtiera una disciplina universitaria en la que ya no tenían cabida magos, nigromantes ni curanderos<sup>16</sup>. En *La pícaro Justina* (III, cap. 3) se describe una vieja morisca «hechicera, experta, bisagüela de Celestina». Y la hechicera de *El diablo cojuelo* (tranco octavo) es de Triana, hábil en echar las habas y andar en cedazo mejor que cuantas hay de su tamaño, en palabras de la propia Rufina María, por mencionar solo un par de ejemplos. El personaje de Cenotia sintetiza los tópicos sobre los moriscos sancionados por la tradición literaria pero también los peores prejuicios de una sociedad intransigente con las minorías religiosas. En él confluyen la inclinación del morisco a la práctica de supersticiones y hechicerías y el típico caso de magia amorosa, tan frecuente en los relatos de aventuras de la Antigüedad, protagonizado por mujeres con una marcada hipertrofia de la personalidad. Pero si comparamos a Cenotia con otras compañeras de oficio no podemos menos de sonreír ante el corto alcance de sus poderes, que se reducen a unos pocos conocimientos médicos. Cenotia es una

---

<sup>14</sup> A la muerte de Isabel I, Jacobo I inauguró su nueva política amistosa con España revelando y enviando a Madrid la documentación que probaba los tratos de Inglaterra con los moriscos valencianos. Así lo describe Cabrera de Córdoba: «En Valencia se ha hecho prisión de muchos moriscos, y por ciertas cartas que el rey de Inglaterra ha enviado, las cuales se habían hallado entre los papeles de la reina pasada que le habían escrito los moriscos pidiéndoles favor para levantarse, y que ellos daría orden de que pudiese saquear aquella ciudad, viniendo con su armada. Hase dado tormento a muchos de ellos para averiguar lo que pasaba en este negocio, y no dejaron de castigarse algunos para ejemplo de los demás» (*Relaciones de la corte de España*, 240). Tomo la referencia de Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, 173.

<sup>15</sup> Sobre la hechicería en el *Persiles*, remito a José-Ignacio Díez Fernández y Luisa-Fernanda Aguirre de Cárcer, «Contexto histórico y tratamiento literario de la hechicería morisca y judía en el “Persiles”», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 12, 2 (1992), pp. 33-62. Aquí el lector podrá encontrar, además, una excelente bibliografía. Véase la anotación de Juan Bautista Avall-Arce a su edición de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, Madrid, Castalia, 1970, p. 201.

<sup>16</sup> Remito a Luis García Ballester, *Los moriscos y la medicina. Un capítulo de la medicina y la ciencia marginadas en la España del siglo XVI*, Barcelona, Labor, 1984. En Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, «Profesiones y nivel de vida», en *op. cit.*, cap. 6, encontrará el lector suficientes ejemplos del vínculo entre medicina y hechicería aplicado a los moriscos. Información sobre el tratamiento de los moriscos en la literatura del siglo XVII, puede consultarse en Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles en el siglo XVII*, Madrid, Editorial Voluntad, 1928, cap. XX.

herbolera con un limitado dominio de la palabra, a juzgar por su incapacidad para seducir a Antonio<sup>17</sup>. Junto a la hechicería nos presenta Cervantes otro lugar común que marcó negativamente el carácter de los moriscos. Cenotia, una mujer entrada en años movida por un intenso erotismo ante la amenaza de la edad, pretende seducir a un joven adolescente y reacciona airada cuando se siente desdeñada. Esta inclinación al erotismo enlaza directamente con otro tema que había ocupado un lugar preferente en el debate sobre la expulsión: la fecundidad, también presente en el episodio del Jadraque<sup>18</sup>. Domínguez Ortiz ha estudiado con precisión el origen de este mito. La población morisca aumentaba en mayor proporción que la cristiana debido a que en el cómputo entraban factores, como la movilidad social, que no afectaban a ésta última<sup>19</sup>. El hecho es que el tema de la fecundidad llegó a convertirse en un lugar común aplicado a los moriscos. Pero, mientras para los cristianos constituía un ideal y un deber conyugal para con la familia y el estado, aplicada a los moriscos se veía como resultado de una incontenible lujuria. Este prejuicio antimorisco llegó a tales extremos que Aznar Cardona sostenía que la multiplicación de los moriscos respondía a una conspiración auspiciada por Alá, cuyo objetivo era recuperar la península para el Islam<sup>20</sup>. No le debían de resultar ajenos a Cervantes todos estos tópicos con los que caracterizó a Cenotia. Él mismo había conocido de primera mano la situación de los moriscos granadinos. En el verano de 1594 viajó por el reino nazarí como comisionado, nombrado a recomendación de Agustín de Cetina, para recaudar varios atrasos de tercias y alcabalas<sup>21</sup>. A finales de este mismo verano visitó Guadix, Baza, Motril, Alhama, Loja y Vélez Málaga, entre otras ciudades andaluzas, con éxito desigual en sus responsabilidades fiscales. En algunas ciudades encontró cierta resistencia en el pago, aunque cobró en su totalidad la partida correspondiente a Alhama y Loja.

Pero si Cenotia pertenece al grupo de aquellos moriscos que rechazaron un ambiente opresor que les resultaba insoportable, Ricote es su contrapunto, el prototipo

---

<sup>17</sup> Desde el punto de vista ético, escribe Caro Baroja, la hechicería se diferencia de otras posturas mágico-religiosas en que «es contraria a los intereses generales de la sociedad, desenfrenada cuanto se trata de negocios en los que interviene el Amor. Porque la hechicera conoce el Amor-pasión, pero ignora el amor al prójimo. Si trabaja para alguien es torcidamente o por lucro» (*Las brujas y su mundo*, p. 74).

<sup>18</sup> Según el jadraque, «No los esquilman las religiones, no los entresacan las Indias, no los quintan las guerras, todos se casan, todos, o los más engendran, de do se sigue y se infiere que su multiplicación y aumento ha de ser innumerable» (*Persiles*, III, 11, p. 559).

<sup>19</sup> Véase Antonio Domínguez Ortiz, y Bernard Vincent, *op. cit.*, pp. 83-90.

<sup>20</sup> Escribe en su *Expulsión justificada de los moriscos españoles*, publicada en Huesca en 1612, «Su intento era crecer y multiplicarse en número como las malas yerbas, y verdaderamente que se auían dado tan buena maña en España que ya no cabían en sus barrios ni lugares, antes ocupauan lo restante y lo contaminauan todo, deseosos de ver cumplido un romance suyo que les oy cantar en que pedían su multiplicación a Mahoma, que les dicesse, “Tanto del Moro y Morica / Como mimbres en mimbrera / Y juncos en la junquera”». Tomo la referencia de Julio Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada*, p. 220.

<sup>21</sup> Véase Luis Astrana Marín, *op. cit.*, 5, cap. LIX.



de morisco granadino desarraigado que en una actitud suplicante vuelve a España tras haber buscado acomodo en tierras alemanas. También en este caso la aparición de un morisco se vincula a Andalucía mediante un conocimiento tácito de la procedencia de los moriscos manchegos. Tras finalizar los episodios de la Barataria, Sancho se encuentra, si no en tierras aragonesas sí en sus inmediaciones, con su paisano Ricote, que ha regresado a España en compañía de unos falsos peregrinos. El lugar en que se produce el encuentro también está elegido con tino y acierto. Aragón contó siempre con una importante población morisca y los señores aragoneses, firmes defensores de los moriscos, como ha mostrado Soledad Carrasco Urgoiti, lucharon por defender los derechos de sus vasallos<sup>22</sup>. Ricote, como Cenotia, había abandonado España antes de la publicación del decreto de expulsión. Hacia 1608, cuando todavía no estaba dicha la última palabra, algunos moriscos de familias acomodadas, que podían costearse los gastos del viaje, comenzaron su exilio siguiendo la ruta francesa, cuya elección venía dada porque el viaje a países mahometanos estaba prohibido<sup>23</sup>. Este es el caso de Ricote: «ordené, digo, de salir yo solo, sin mi familia, de mi pueblo e ir a buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron, porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas...» (*Quijote* II, 54, p. 1071). Y tras recorrer Francia e Italia, llegó a Alemania, donde se asentó «porque allí se podía vivir con más libertad de conciencia». Tras buscar acomodo en Augsburgo, Ricote vuelve a su tierra para desenterrar el tesoro que dejó escondido y para rescatar a su mujer y a su hija, que habían sido conducidas a Argel. El personaje evoca, una vez más, todo un abanico de posibilidades combinatorias que principian, desde luego, por el aumentativo de Rico. Según Domínguez Ortiz, la ocultación de los ahorros, la división familiar y la tragedia de verlos partir eran rasgos aplicables a los moriscos manchegos, pero en modo alguno a los valencianos mucho más combativos y cohesionados ideológicamente. Así lo percibió el propio Cervantes pues nos mostró la otra versión de la historia en el episodio del jadraque, en el *Persiles*. En tierras valencianas las relaciones entre moriscos y cristianos eran tan encarnizadas que no hubo lugar para manifestaciones de piedad. Ricote remite, además, como ya estudiara Márquez Villanueva, a los seis pueblos de la Vega del Segura conocidos por este nombre, cuya expulsión revistió un carácter especial por la insensibilidad del monarca hacia una población que había dado sobradas muestras de lealtad al rey y a la religión que éste profesaba<sup>24</sup>. A estas evocaciones se suma el nombre de una familia acaso no del todo

---

<sup>22</sup> Véase Soledad Carrasco Urgoiti, *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, Chapel Hill, NC, Department of Romance Languages-University of North Carolina, 1969 (en particular el cap. IV).

<sup>23</sup> Véase Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, cap. 9.

<sup>24</sup> Sobre los moriscos del valle de Ricote, remito al ya clásico artículo de Francisco Márquez Villanueva, «El morisco Ricote o la hispana razón de estado», en *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975, p. 255 y sigs.; véase asimismo Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, p. 198 y sigs.

desconocida para Cervantes. Antes de la sublevación de Granada, los moriscos de la corona castellana eran muy pocos y en su mayoría mudéjares. A partir de 1570 los moriscos granadinos expulsados fueron conducidos a diferentes lugares de Castilla. El contingente más numeroso salió en noviembre de 1570. A éste le siguieron otros en los años sucesivos, llegando a un total, según el cómputo de Domínguez Ortiz, de unos 80000<sup>25</sup>. En Esquivias, lugar de nacimiento de Catalina de Salazar, famoso por sus linajes, escribe Cervantes con cierta sorna en el prólogo del *Persiles*, Astrana Marín ha documentado la existencia de moriscos procedentes del reino de Granada. En torno a 1570 llegaron a esta población manchega doce familias y entre ellas la de los Ricote, una de las más adineradas, que se asentó en la zona hasta que tuvieron que exiliarse definitivamente en 1610<sup>26</sup>. También a Quintanar de la Orden, tierra natal de Antonio el bárbaro, habían llegado moriscos procedentes del marquesado de los Vélez<sup>27</sup>. Recuérdese que los pueblos manchegos fueron uno de los destinos principales de los moriscos granadinos expulsados tras la rebelión de las Alpujarras.

Todos estos factores hacen del expatriado Ricote un personaje que inspira una profunda simpatía, pues responde al caso de aquellos moriscos granadinos desarraigados que vivían pacíficamente entre cristianos y descendientes de mudéjares en los pueblos manchegos. Es más, yo diría que inspira hasta ternura, porque le brinda al lector la posibilidad de conmiseración, de la que carece la historia de Cenotia. Ricote ha vuelto por amor a la patria y, por si esto no bastase, el desdichado es leal, no sólo a esa patria que con tanto rigor lo rechazaba, sino también al monarca que sometió al pueblo morisco a la más vergonzosa de las humillaciones: «me parece [dice Ricote] que fue inspiración divina la que movió a su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución» (*Quijote* II, 54, p. 1072). El personaje de Cenotia, en cambio, no hace concesiones al patetismo. Se ha buscado la vida, como suele decirse, y ha encontrado acomodo en las lejanas tierras del septentrión, poniendo tierra por medio ante una situación represiva que había hecho insufrible la vida granadina. No mendiga el perdón ni mucho menos se postra ante quienes le eran hostiles, sino que abiertamente se enorgullece de su estirpe *agarena*<sup>28</sup>. Y si Cenotia está modelada

---

<sup>25</sup> Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, p. 80. Según los datos que obraban en poder del primado de España en la consulta del consejo de Estado del 20 de enero de 1608, los moriscos procedentes de tierras alpujarreñas llegados al reino de Toledo tras la rebelión eran unos mil quinientos, que se habían multiplicado hasta convertirse en 13 000 en el momento en que se elaboraba el informe. Tomo la referencia de Julio Caro Baroja, *La expulsión de los moriscos del reino de Granada*, p. 214 y sigs. Para el documento, véase Pascual Boronat y Barrachina, *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico-crítico*, Valencia, Francisco Vives y Mora, 1901, II, p. 469.

<sup>26</sup> En Luis Astrana Marín, «Apéndice XI. Los Ricote y demás moriscos de Esquivias», *op. cit.*, pp. 692-697.

<sup>27</sup> Véase Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, pp. 53-54.

<sup>28</sup> Carlos Romero ve en las palabras de Cenotia una posible alusión «formalmente correctísima y aun elogiosa a la orden de los primeros Inquisidores, los dominicos o dominicanos, conocidos también como *Domine canes*», *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, p. 327, nota 4.

sobre el doblete hechicería-lujuria, Ricote no escapa al tópico de la avaricia. Pero lo que interesa señalar, más allá de las convicciones ideológicas del propio Cervantes que, a decir verdad, se nos escapan porque se nos muestran contradictorias, es la actitud del autor hacia sus personajes. Junto a esta imagen tópica de la morisca, que le acomoda al autor para llenar el lugar que el género de la aventura tenía reservado para las magas tesalias, podemos entrever una profunda relación solidaria del autor con su personaje. Cervantes, como decía Thomas Mann lleva dentro de sí su propio tiempo «en toda su complejidad y toda su contradicción, pues el futuro prefigura una diversidad, no sólo unidad»<sup>29</sup>. Más allá del tópico, en el discurso percibimos una segunda voz sensible a los sufrimientos de todo un pueblo a través de frases sentenciosas, como las palabras que Cenotia le dirige a Antonio, a propósito de su salida de Granada: «que, cuando se sale por fuerza della, antes se puede llamar arrancada que salida» (*Persiles* III, 8, p. 329). En el caso de Ricote, la solidaridad viene de la mano de la generosidad del autor al cederle la palabra al personaje para que nos conmueva con su historia. Y ni siquiera en el discurso del jadraque, donde se pronuncian las palabras más severas contra los moriscos, se olvida el autor de mostrarnos su empatía: «piensan estos desventurados que en Berbería está el gusto de sus cuerpos y la salvación de sus almas, sin advertir que, de muchos pueblos que allá se han pasado casi enteros, ninguno hay que dé otras nuevas sino de arrepentimiento, el cual les viene juntamente con las quejas de su daño» (*Persiles*, III, 11, p. 551). Otras veces, esta empatía se pone de manifiesto en el discurso del propio autor-narrador: «Desde la lengua del agua, como dicen, comenzaron a sentir la pobreza que les amenazaba su mudanza y la deshonra en que ponían a sus mujeres y a sus hijos» (*Persiles* III, 11, p. 556). Se trata, como ha dicho Márquez Villanueva, de una voz de protesta que consiste en traer ante nuestros ojos la problemática de un personaje de carne y hueso.

El último personaje de ascendencia andalusí que encontramos en el *Quijote* es don Álvaro Tarfe. Aunque procedente del *Quijote* de Avellaneda, Cervantes lo trata con exquisita delicadeza. El personaje entra en acción en el apócrifo cuando cuatro caballeros adinerados de Granada, que se dirigen a Zaragoza para participar en unas justas, llegan a la plaza de Argamasilla. En el *Quijote* cervantino el encuentro con el personaje de Avellaneda se produce en el capítulo LXXII de la segunda parte. Don Quijote le pregunta adónde se encamina, a lo que el caballero granadino le responde: «Yo, señor [...], voy a Granada, que es mi patria» (p. 1205). La tarea que le encomienda Cervantes es declarar ante el alcalde del pueblo la autenticidad de los verdaderos protagonistas de su novela. Acto seguido el propio autor parece no concederle mayor importancia pues afirma que:

la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían

---

<sup>29</sup> Thomas Mann «Viaje por mar con don Quijote», en *Ensayos sobre música, teatro y literatura*, selección y traducción de Genoveva Dieterich, Barcelona, Alba Editorial, 2002, p. 97.

hacerse, con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración y no mostrara claro la diferencia de los dos don Quijotes y la de los dos Sanchos sus obras y sus palabras (p. 1208).

Esta falta de relevancia en el papel asignado a don Álvaro Tarfe podría sugerir que, aunque el personaje arranca del apócrifo, su presencia en la obra cervantina responde a un propósito más profundo. Soledad Carrasco Urgoiti ha explicado, en un trabajo todavía inédito, el aire de misterio que envuelve a Álvaro Tarfe y los silencios sobre los que está construido el personaje. Así se explica la fascinación que sintieron por él escritores como Azorín o Francisco Ayala. El primero, en *Al margen de los clásicos*, llegó incluso a imaginarse la suerte de este granadino acomodado más allá de las páginas del *Quijote*. Puede que la explicación de todo lo que envuelve a este personaje misterioso esté, como señala Carrasco Urgoiti, en que Cervantes quiso solidarizarse también mediante un pacto de silencio con aquellos moriscos ahidalgados, que ocultos o haciéndose pasar por cristianos viejos habían conseguido sustraerse al bando de expulsión y sobrevivían con discreción en la Granada del siglo XVII<sup>30</sup>. Amigos tenía Cervantes en tierras granadinas que respondían a este perfil, como Pedro de Padilla, de posible pertenencia a la sociedad burguesa granadina de origen nazari<sup>31</sup>.

Sin tener el atractivo del tema morisco, los vínculos con Andalucía aparecen también en aquellos personajes de perfil apicarado e impreciso que engrosan la nómina de lo marginal. No hace falta reiterar que el vínculo de lo marginal con Andalucía emerge de la prosperidad socioeconómica de que gozó durante la época áurea, como he mencionado al comienzo de este escrito. Deslumbrante por la riqueza y el poderío de sus principales ciudades, el mundo urbano andaluz tenía como centro la capital hispalense, auténtico paradigma urbano del imperio y corazón del capitalismo europeo de la época. Sin embargo, esta dimensión cosmopolita llevaba en sí el germen de lo marginal, precisamente por la atracción que suponía la ostentación de su riqueza, bien con los ojos puestos en una vida mejor, bien al abrigo de las instituciones asistenciales. Las grandes ciudades andaluzas ofrecían un enorme atractivo para todo tipo de aventureros y buscavidas, y constituían un reclamo para gentes de la más diversa procedencia. Junto a las minorías étnicas desfilaban por su geografía todo tipo de personajes marginales. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en

---

<sup>30</sup> Tomo los datos de Soledad Carrasco Urgoiti, «Don Álvaro Tarfe (*Quijote*, II, cap. 72) morisco ahidalgado», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America*, 27, 2 (fall 2007 [2008]), pp. 43-57. Para los moriscos que permanecieron en Granada después de la expulsión remito a Antonio Domínguez Ortiz y Bernard Vincent, *op. cit.*, cap. 12, especialmente p. 261 y sigs.

<sup>31</sup> Remito a Soledad Carrasco Urgoiti, «Pedro de Padilla en el entorno de la Granada morisca» en *Homenaje a Elena Catena*, ed. de Antonio Lara Pozuelo, Madrid, Castalia, 2001, pp. 115-123. Sobre las relaciones de Cervantes con los poetas andaluces, puede verse, asimismo, «Cervantes y los ingenios andaluces (notas de poética)» en Pedro Ruiz Pérez (ed), *Cervantes y Andalucía. Actas del coloquio internacional*, Estepa, diciembre de 1998, Estepa, Ayuntamiento de Estepa, 1998, pp. 84-111.

las *Novelas ejemplares*, no encontramos en el *Persiles* o el segundo *Quijote* retratos de la picaresca sevillana a la manera de *Rinconete y Cortadillo*, con sus organizaciones y lugares característicos, amparo de murcios, hampones y demás rateros de ocasión<sup>32</sup>. El vínculo con lo marginal está mucho más atemperado, como corresponde a un género, como el de la aventura, tan poco proclive a la tipificación. Aun con todo cuando los peregrinos del *Persiles* se adentran en territorio conocido, me refiero al libro III, la novela adquiere un nuevo sesgo y entonces abre sus páginas a falsos cautivos, peregrinos y estudiantes errantes que vinculan su existencia a tierras andaluzas.

Los peregrinos del *Persiles* llegan a un lugar «no muy pequeño ni muy grande, de cuyo nombre» no quiere acordarse el autor (*Persiles* III, 10, p. 532). Allí escuchan el relato de dos estudiantes de Salamanca que tienen desplegado un lienzo en el que está pintada la ciudad de Argel. Fingiendo ser cautivos recién rescatados les cuentan a los que los rodean la historia de su falso cautiverio. Entre los que presencian la escena, se halla el alcalde del pueblo, que había estado cautivo en Argel y había bogado en la galeota que describen los estudiantes. Y aunque en un primer momento los falsos cautivos consiguen despistar al alcalde, pronto levantan sus sospechas algunos detalles de la historia. El alcalde se sorprende de que uno de ellos fuera el espalder de la galeota, siendo que el verdadero, a quien había conocido durante su cautiverio, se llamaba «Alonso Moclín, natural de Vélez-Málaga» (*Persiles*, III, 10, p. 536)<sup>33</sup>. Del interrogatorio de los mendaces cautivos se desprende que uno de ellos fue capturado en los Percheles de Málaga (p. 538), donde era aficionado a la pesca, y ambos habían aportado a Málaga tras su liberación. Avalor-Arce ya relacionó el episodio con la captura de Cervantes, nunca narrada en su totalidad pero sí dispersa a lo largo de la obra cervantina desde la temprana *Epístola a Mateo Vázquez*, hasta el *Persiles*<sup>34</sup>. El recuerdo de Vélez Málaga, ciudad situada en el centro de los avatares contables de Cervantes, pues no consiguió recaudar la totalidad de las alcabalas asignadas, planea en todo el episodio. Cuando estalló la crisis financiera, la Contaduría Mayor de Hacienda le reclamará, según Canavaggio, «80.000 maravedís que había condo-

---

<sup>32</sup> Para la relación de la obra de Cervantes con la picaresca sevillana, véase Ángel Estévez Molinero, «Cronotopos andaluces y metapicaresca cervantina», en Pedro Ruiz Pérez (ed), *op. cit.*, pp. 210-223.

<sup>33</sup> Los ecos autobiográficos de este relato así como su relación con el cautiverio de Cervantes han sido estudiados por Juan Bautista Avalor-Arce en «La captura (Cervantes y la autobiografía)», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 279-333. Alonso Moclín, aunque parece ser nombre ficticio, no deja de ser apropiado para un cautivo. El castillo de Moclín, escribe Jerónimo Munzer en su Relación de viaje, estaba saliendo de Granada a tres leguas al oeste «Todas las noches los cristianos encendían una luz en su castillo para que por ella pudieran guiarse los cautivos que, logrando escapar, buscasen refugio entre los suyos. El rey don Fernando, antes de tomar a Granada, atacó el castillo de Moclín con gran copia de gente y de ingenios de guerra...». Cito por José García Mercadal, *op. cit.*, 1952, I, p. 368.

<sup>34</sup> Juan Bautista Avalor-Arce, *op. cit.*, pp. 277-333, pasa revista a los textos en los que aparece el tema de la captura. Son los siguientes: *Epístola a Mateo Vázquez*, el libro V de *La Galatea*, *El trato de Argel*, *Los baños de Argel*, la historia del cautivo en el *Quijote I*, *La española inglesa* y, por último, *El Persiles*.

nado a los agentes de Vélez Málaga»<sup>35</sup>. De este viaje por tierras granadinas también hay alguna alusión en el segundo *Quijote*. En el capítulo LVII de la segunda parte, Altisidora le espeta a don Quijote en un romance paródico: «seas tenido por falso / desde Sevilla a Marchena, / desde Granada hasta Loja» (p. 1092). Y si de estudiantes apicarados se trata, ninguno hay más autorizado que el médico mandón e impertinente Pedro Recio de Mal Agüero, como lo llama Sancho, natural de Tirteafuera y graduado en medicina por la Universidad de Osuna<sup>36</sup>.

A la misma cofradía que los estudiantes vagabundos pertenece la falsa peregrina del *Persiles* que Periandro y Auristela encuentran en el camino de Talavera. En su ociosa peregrinación, tras visitar la imagen del Sagrario y el Niño de la Guardia tiene pensado entretenerse viendo la Verónica de Jaén:

hasta hacer tiempo de que llegue el último domingo de abril, en cuyo día se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la ciudad de Andújar, la fiesta de Nuestra Señora de la Cabeza, que es una de las fiestas que en todo lo descubierta de la tierra se celebra. (*Persiles* III, 6, pp. 488-489)

El tono elogioso con el que se refiere a la romería de Nuestra Señora de la Cabeza la lleva a compararla con las fiestas de la Monda de Talavera de la Reina. No parece exagerado en absoluto el encomio pues, con la llegada del siglo XVII, la romería alcanzó su máximo esplendor, convirtiéndose en una de las solemnidades marianas más importantes de la península. Del siglo XVII, datan las primeras cofradías, siendo la de Andújar una de las pioneras, a juzgar por el relato que en 1677 hiciera Manuel de Salcedo Olid en su *Panegírico Historial de Nuestra Señora de la Cabeza de Sierra Morena*, donde da cumplida cuenta de los pormenores de la romería, sus caminos, enseres y cofradías. La falsa peregrina la describe sirviéndose de los recursos propios de la écfasis: «bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginación donde la tengo fija, y pintáros la con palabras, y ponéros la, delante de la vista, para que, comprendiéndola, viérades la mucha razón que tengo de alabáros la», anudando su relato con una oportuna descripción pictórica del cuadro del Palacio Real de Madrid. No hay por qué desestimar la posibilidad de un conocimiento directo

---

<sup>35</sup> Véase Jean Canavaggio, *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe, 1987, pp. 146-147. Según Astrana Marín la deuda de las recaudaciones de Vélez-Málaga ascendía a 277 040 maravedís: «no cabía proceder con rigor; y así aceptó del recaudador de alcabalas Francisco López de Vitoria, mediante fianzas, una letra de 4000 reales, que luego giró a Málaga el 21 de Noviembre, para pagarla en Sevilla, quedando sin abonar los restantes 141.140 maravedís» (*op. cit.*, 5, p. 137).

<sup>36</sup> Sobre la fundación de la Universidad de Osuna consúltese Francisco Rodríguez Marín, «Cervantes y la universidad de Osuna» en *Estudios cervantinos*, Madrid, 1947, pp. 15-49. Entre los diversos alumnos que cita Rodríguez Marín, algunos de ellos se graduaron en medicina en dicha universidad. En cambio, según Alberto Sánchez la Universidad de Osuna carecía de facultad de Medicina. Véase su edición de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Barcelona, Noguer, 1976, p. 855.

de tan vistosa celebración mariana, pues allá por la primavera de 1592 encontramos a Cervantes reanudando sus actividades como recaudador de provisiones en tierras andujareñas<sup>37</sup>.

Pilotando esta nave de marginados ocasionales vinculados con lo andaluz no podían faltar los locos que abren las páginas del segundo *Quijote*, en un libro y una época que sentían fascinación por el tema de la locura. En el prólogo y primer capítulo de la segunda parte, Cervantes incluye tres cuentos de locos para replicar a Avellaneda. El que cuenta el barbero se refiere a un loco de Sevilla, graduado por la Universidad de Osuna, que, creyéndose Neptuno, intentó salir del hospital de los inocentes, disfrazado de cuerdo. Fue Monique Joly quien puso de manifiesto la relación entre este cuento y el *Quijote* de 1614<sup>38</sup>. Avellaneda en el último capítulo del apócrifo se sirve de citas textuales del prólogo de la primera parte del *Quijote* para motejar y zaherir a Cervantes, sugiriendo que autor y personaje compartían una misma locura. Para replicarle, Cervantes recurre a un cuento popular de tono jocoso retomando las mismas palabras del autor apócrifo. El inexplicable enfado de don Quijote al oír el cuento del rapista puede explicarse como un rechazo al destino que Avellaneda le había reservado, condenándolo al encierro en el hospital toledano del Nuncio, llamado así en honor a su fundador<sup>39</sup>. Los otros dos cuentos aparecen en el prólogo. En el primero, el loco, de Sevilla, dio en la mayor locura que pueda imaginarse. Tras hinchar perros con un canutillo puntiagudo los despedía con unas palmaditas en la barriga diciendo a los que presenciaban la escena: «¿Pensarán vuestras mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro?» (p. 619). El loco del segundo cuento es de Córdoba, y tenía por afición aplastar perros con una losa<sup>40</sup>. Un día descargó el cantazo sobre la cabeza de un podenco, cuyo dueño, viendo las malas artes del loco, le tomó la medida de las espaldas con una vara. Desde entonces, el loco cada vez que veía un perro y se le renovaban las pasadas intenciones exclamaba: «Este es podenco: ¡Guarda!» (p. 620). Mauricio Molho ha adelantado la hipótesis de que con el loco cordobés aplastaperros Cervantes se refiere a Avellaneda, quien con libros más duros que las peñas pretendió quitarle la ganancia. Y en verdad, no es descabellado pensar que si el loco cordobés es el del apócrifo, el sevillano no puede

---

<sup>37</sup> Véase Luis Astrana Marín, *op. cit.*, 5, cap. LV.

<sup>38</sup> Remito a Monique Joly, «Historias de locos», *RILCE. Revista del Instituto de Lengua y Cultura Españolas*, 2, 2 (1986), pp. 177-183. Sobre los cuentos de locos véase además, la edición de Francisco Rodríguez Marín de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Atlas, 1947, IX, pp. 296-299.

<sup>39</sup> En 1483, don Francisco Ortiz, nuncio y apostólico canónigo de Toledo, fundó el hospital de la Visitación en Toledo pero muy pronto se conoció con el nombre de hospital del Nuncio. Véase Carmen Viqueira, «Los hospitales para locos e inocentes en Hispanoamérica y sus antecedentes españoles», *Revista de Medicina y Ciencias Afines*, 12, 270 (1965), pp. 1-33.

<sup>40</sup> Para la relación de la familia de Cervantes con Córdoba, remito a Francisco Rodríguez Marín, *Cervantes y la ciudad de Córdoba*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1914.

ser otro que el autor de *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*<sup>41</sup>. Aceptemos por un momento la hipótesis de Molho y hagamos del autor del *Quijote* un hijo de Sevilla. Al fin y al cabo supo como ningún otro escritor del siglo de oro sentir, amar, y, por qué no decirlo, padecer las grandezas y miserias de la Sevilla imperial, sembrando su obra de un profuso inventario de experiencias vividas en tierras andaluzas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Astrana Marín, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1948-1958.
- Avalle-Arce, Juan Bautista, «La captura (Cervantes y la autobiografía)», en *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, págs. 279-333.
- Bertaut, Francisco, *Diario del viaje de España*, en *Viajes de Extranjeros por España. Siglo XVII*, ed. de J. García Mercadal, Madrid, Aguilar, 1959.
- Borotnat y Barrachina, P., *Los moriscos españoles y su expulsión. Estudio histórico-crítico*, Valencia, Francisco Vives y Mora, 1901.
- Caballero Bonald, José Manuel, *Sevilla en tiempos de Cervantes*, Sevilla, Andalucía Abierta, 2003.
- Canavaggio, Jean, *Cervantes*, Madrid, Espasa Calpe, 1987.
- Caro Baroja, Julio, *Las brujas y su mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.
- Carrasco Urgoiti, S., *El problema morisco en Aragón al comienzo del reinado de Felipe II*, Chapel Hill, NC, Department of Romance Languages-University of North Carolina, 1969.
- , «Cervantes y los ingenios andaluces (notas de poética)», en P. Ruiz Pérez (ed.), *Cervantes y Andalucía. Actas del coloquio internacional*, pp. 84-111.
- , «Pedro de Padilla en el entorno de la Granada morisca», en *Homenaje a Elena Catena*, ed. de Antonio Lara Pozuelo, Madrid, Castalia, 2001, pp. 115-123.
- , «Don Álvaro Tarfe (*Quijote* II, cap. 72) morisco ahidalgado», en prensa.
- Cascales, Francisco, *Tablas poéticas*, ed. de B. Brancaforte, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
- Castro, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, ed. de Julio Rodríguez-Puértolas, Barcelona, Noguer, 1972.
- Cervantes, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rodríguez Marín, Madrid, Atlas, 1947.
- , *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, ed. de Alberto Sánchez, Barcelona, Noguer, 1976.
- , *Novelas ejemplares* III, ed. de Juan Bautista Avalle-Arce, Madrid, Castalia, 1985.
- , *Obra completa* III, ed. de Florencio Sevilla y A. Rey Hazas, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 1995.

---

<sup>41</sup> Véase, Maurice Molho, «Para una lectura psicológica de los cuentecillos de locos del segundo “Don Quijote”», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 11, 1 (1991), pp. 87-98.



- , *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, ed. de C. Romero Muñoz, Madrid, Cátedra, 1997.
- , *Don Quijote de la Mancha*, ed. de F. Rico, Barcelona, Instituto Cervantes-Crítica, 1998, 2 vols.
- Estévez Molinero, Ángel, «Cronotopos andaluces y metapicaresca cervantina», en P. Ruiz Pérez (ed.), *Cervantes y Andalucía. Actas del coloquio internacional, Estepa, diciembre de 1998*, págs. 210-223.
- García Ballester, Luis, *Los moriscos y la medicina. Un capítulo de la medicina y la ciencia marginadas en la España del siglo XVI*, Barcelona, Labor, 1984.
- Herrero García, Miguel, *Ideas de los españoles en el siglo XVII*, Madrid, Editorial Voluntad, 1928.
- Joly, Monique, «Historias de locos», *RILCE. Revista del Instituto de Lengua y Cultura Españolas*, 2, 2 (1986), pp. 177-183.
- Larivaille, Paul, *Le vie quotidienne des courtisanes en Italie au temps de le Renaissance (Rome et Venise, XVe et XVIe siècles)*, París, Hachette, 1975.
- Márquez Villanueva, Francisco, «El morisco Ricote o la hispana razón de estado», en *Personajes y temas del «Quijote»*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 229-335.
- Molho, Maurice, «Para una lectura psicológica de los cuentecillos de locos del segundo “Don Quijote”», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 11, 1 (1991), pp. 87-98.
- Rodríguez Marín, Francisco, *Cervantes y la ciudad de Córdoba*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1914.
- , «Cervantes y la universidad de Osuna», en *Estudios cervantinos*, Madrid, 1947, pp. 15-49.
- Ruiz Pérez, Pedro (ed.), *Cervantes y Andalucía. Actas del coloquio internacional*, Estepa, diciembre de 1998, Estepa, Ayuntamiento de Estepa, 1998.
- Santa Cruz, Alonso de, *Islario general de todas las islas del mundo de Alonso de Santa Cruz*, ed. y prólogo de Antonio Blázquez, Madrid, 1918.
- Támara, Francisco de, *El libro de las costumbres de todas las gentes del mundo, y de las Indias*, Amberes, Martín Nucio, 1556.
- Viqueira, Carmen, «Los hospitales para locos e inocentes en Hispanoamérica y sus antecedenes españoles», *Revista de Medicina y Ciencias Afines*, 12, 270 (1965), pp. 1-33.